



* University of Saskatchewan, Canada.
Correo electrónico: julio.torres@usask.ca

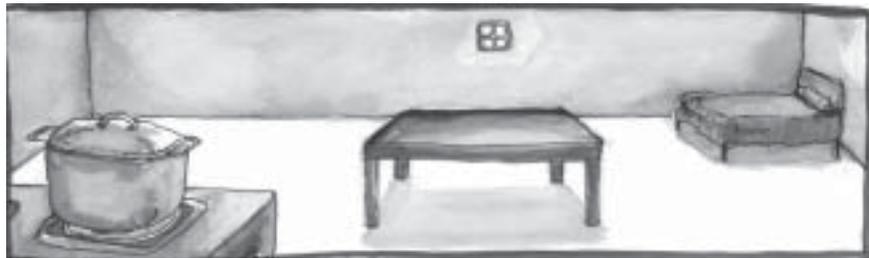
Con Aurora después

Julio Torres-Recinos*

Tengo que encontrar una forma de decirle a Aurora que su padre ha muerto. No será fácil. Tal vez sería mejor si no fuera al café a verla, si no me apareciera a nuestra cita. Nos hemos visto allí dos veces por semana después de que sale de trabajar. Por ahora, no me cuesta ir a verla ya que de todas maneras tengo que ir a San Salvador todos los días a mis clases en la universidad. No me molesta tomar el bus por hora y media porque aprovecho ese tiempo para estudiar.

Me gusta estar con Aurora porque me olvido de todo lo que pasa. Estos días tienen mucho de tristes y nada de gloriosos. Ha muerto mucha gente últimamente y lo más seguro es que más van a seguir muriéndose. De estas cosas es de lo que platicamos por muchas horas. A Aurora le gusta estar conmigo porque se olvida de la situación actual y del trabajo. A veces nos olvidamos de lo seria que la vida puede ser. Nos reímos mucho con nuestros juegos; con Aurora el tiempo pasa como una suave brisa. Pero esta vez no va a ser fácil. Nada de juegos porque su padre ha muerto y un padre se muere sólo una vez en la vida. Yo deseo a veces ayudar a la gente en su dolor y me gustaría evitarle a Aurora esta pena porque es casi como mi hermana. Y ahora no sé qué decirle.

No sé si voy a poder verla a la frente clara como antes. Soy el que tiene que contárselo porque su madre me dijo que no querían que lo supiera por teléfono. La muerte es todavía más cruel si llega por alambres fríos o en la sequedad del papel. Ella no puede venir a decírselo porque



tiene que estar en el pueblo para los rezos y todo eso. Quedamos en que yo lo haría. No sé por qué me comprometí. Sin embargo, tengo que hacerlo. Doña Tila y mi madre han sido muy amigas desde que eran unas chiquillas y a mí me considera como de la familia. Don Isaías también ha sido muy amigo de la familia, de mi padre más que todo; son grandes amigos, pero no se puede uno olvidar de su caballerosidad y respeto hacia mi madre. Tampoco puedo olvidar mis años de amistad con él, su fino sentido del humor, las anécdotas graciosas para que uno pasara un buen rato o sólo para hacerle sentir bien a uno. Pasábamos horas jugando a las cartas o a las damas chinas. Al principio se dejaba ganar, pero después, cuando yo había crecido un poco más, esa competencia en el juego servía para cimentar la amistad, para pasar horas entretenidos bromeando, conversando. Más allá de la amistad que tuvimos, que tuvo con mi familia, para mí era además el papá de Aurora. Nunca mostró ninguna desconfianza cuando nos veía llegar en la tarde. Yo lo saludaba con un 'Buenas tardes, ¿cómo está usted?', y él contestaba alegre e intentaba hacerme alguna broma. Siempre tuve la amabilidad de platicar con ellos, aun después de que Aurora y yo empezamos a salir, de

jugar a las cartas cuando tenía tiempo, de comer con ellos, pero me interesaba más pasar horas en el cuarto con Aurora oyendo música o leyendo libros.

Ayer por la mañana fue la última vez que vi a don Isaías, y ya esos días felices parecen tan distantes. A mí me gustaría guardar en una urna esos días de años pasados y entregárselos a Aurora o tomarlos con mis manos como a un pajarillo y dárselos a ella. Mientras voy en el bus veo pasar los rótulos que venden gaseosas y cervezas que quedan perdidos en el humo y el polvo. Ayer por la mañana fue la última vez que vi a don Isaías. Pienso en Aurora y no puedo concentrarme ni en la lectura del periódico de pensar en la cara que voy a poner cuando la vea. Debería practicar lo que le voy a decir. Tal vez la tome de la mano y después de darle un beso de saludo le diga lo más sereno posible que lo siento pero que su padre ha muerto. Ella bajará los ojos o volverá su cara hacia las montañas a lo lejos y yo trataré de serle fuerte.

Uno cree que la vida va a durar para siempre porque uno es joven. Algo ha pasado en el tiempo que antes era tranquilo y nada pasaba, en mi tiempo y en el de Aurora. En mi tiempo porque se va quedando vacío cuando un amigo muere. En el de Aurora porque se va a quedar sin padre y va a ser duro. Yo no puedo decirle que va a ser fácil porque me lo puedo imaginar. Don Isaías le enseñó a montar a caballo cuando ella era apenas una chiquilla. Le enseñó a ser fuerte e independiente porque él decía que las mujeres debían con ma-

mayor razón aprender a valerse por sí mismas. Que debía estudiar por sí después de casada y al tiempo le iba mal, con un buen trabajo se tenía garantizado el pan para el futuro. Aurora estudió, y fue fuerte porque su padre le había enseñado a serlo, muy a pesar de la opinión de doña Tila, quien creía que había que enfrentar la vida como se presentara; la responsabilidad de la mujer era estar con los hijos y el marido. No era así como pensaba don Isaías. Para él su hija debía estar preparada para hacerle frente a las situaciones adversas que se pudieran derivar de un fracaso matrimonial. Hombre fuerte y de principios, decían los vecinos que lo admiraban, hombre de muchas luces, decían los vecinos que al final lo dejaron solo en las oscuras horas de ayer.

Llegaron a sacarlo de la casa a la una de la tarde. No había nadie, sólo él. Llegaron en un carro sin placas; ni siquiera preguntaron si él era Isaías Vides. Se tiraron del carro y en dos segundos estaban derrumbando la puer-

ta. Isaías Vides, le decían, sólo le decían Isaías Vides, su nombre tan propio que por cincuenta y un años había llevado ahora le parecía, por la expresión en su cara, una oración o un veredicto. El sargento que estaba al frente de la operación pronunció su nombre cincuenta veces, Isaías Vides... Isaías..., le seguía repitiendo con diferentes modulaciones de la voz, como diciéndole ahora te tenemos y no puedes hacer nada, creíste que eras vivo y ves cómo estás ahora; te fregaste, viejo de mierda, como regañándolo, por haberse portado mal, niño malcriado que desafiaba al gobierno, a los militares, a los grandes dueños del país, las instituciones.

Don Isaías tardó un poco para darse cuenta de lo que estaba pasando. Al principio se imaginó que era una equivocación e incluso trató de guardar la compostura saludándolos y diciéndoles –¡Qué sorpresa verlos!, siéntense por favor–, mientras los uniformados oscurecían la sala con sus figuras negras. No estaban para saludos, estaban allí para llevárselo y eso era todo. Don Isaías nunca creyó que su situación fuera tan peligrosa. No había matado a nadie, no pertenecía a ninguna organización política, no criticaba al gobierno, era respetuoso con todos. –No, no puede ser que Moncho se haya molestado porque le insinué que ya era tiempo que me pagara el dinerito que me había pedido prestado desde hacía dos años, si se lo dije de buena forma, tampoco creo que las autoridades se hayan molestado cuando pregunté por qué



se habían llevado preso a Helio, si era una pregunta humana; la hice solamente porque me extrañó que se lo hubieran llevado sin mayor razón. No, no es posible que por cosas como esas me esté pasando esto, debe ser un error, todos me conocen aquí– pensaba. No había razón para estar preocupado, eso fue lo que Isaías creyó, dijo uno de los vecinos que, escondido detrás de un árbol, vio todo.

Se lo llevaron rápidamente, como si el futuro tuviera prisa de llegar a ninguna parte. Como si no supieran que sus acciones van a tener consecuencias desastrosas para la familia, para doña Tila, para Aurora. Estuvieron veinte minutos en la casa, que fue mucho, podían habérselo

llevado antes, pero su captura debía servir de ejemplo para la demás gente del pueblo; antes de que algo pasara, se lo llevaron. A doña Tila le fueron a avisar a la tienda poco tiempo después. Terminó de atender a un cliente, medio cerró la puerta y salió cuanto antes. Llegó con sus pasos viejos, ella, que apenas tenía cincuenta años; llegó con el presentimiento de que ahora le habían tocado a su Isaías. Sabía los años crueles que le esperaban. Ya era tarde. Nadie supo decirle a dónde se lo habían llevado, e ignorando su paradero, era difícil hacer algo. Llamó a todo el mundo, a los que tuvieran influencia o pudieran saber qué estaba pasando. Los Vides tenían amigos entre las autoridades militares, gente conocida o de la misma ciudad que con mucho gusto hubiera ayudado. Acudió a gente a la que nunca le habría pedido nada. Todo fue inútil. A las ocho de la noche lo encontraron muerto a cuatro kilómetros del pueblo. Lo deben haber torturado y matado en alguno de los cuarteles y después lo fueron a tirar en una cuneta. Ni se bajaron del carro, ni se preocuparon porque el cadáver quedara un poco escondido. En cinco o diez minutos, tal vez veinte que duró su agonía, se borró un aliento de la eternidad. En ninguno de los cuarteles supieron explicar. Parecía que se trataba de un error, un informante que quería vengarse de algo, otros decían que todo se debía al hecho de que don Isaías participaba en las actividades religiosas del pueblo, otros aseguraban que todo se originó porque



había colaborado con los guerrilleros. Pero nadie supo dar explicaciones. Aun cuando, por presiones de diversas partes, el teniente Ramos llamó a los otros cuarteles para indagar lo ocurrido, no supieron darle los detalles del caso y nadie dijo saber nada del carro sin placas que se había llevado a don Isaías. –La justicia quedará para más tarde–, me dijo doña Tila con una sonrisa apagada y sarcástica, estoy segura que pensando en tantos otros que habían muerto en los últimos dos años y que no habían llegado ni a reconocer los cadáveres. –Ahora hazme el favor de ir a avisarle a Aurora.

Triste tarea la que me toca. Yo, que nunca he servido para actos solemnes, tengo que llevar a Aurora a nuestro

café, sentarme frente a sus ojos negros, tratar de explicárselo. Dejo el periódico en el asiento del bus y tomo mi mochila porque dentro de poco me tengo que bajar, aunque más bien querría no tener que bajarme y seguir dando vueltas en el bus por los barrios ruidosos y mugrientos de humo de San Salvador. Pero me bajo y camino unas cuadras hacia nuestro lugar de encuentro.

La veo salir del edificio en que trabaja, un edificio de concreto sin pintar, con chorros de óxido que salen de las paredes y que después se extienden. Aurora ha salido a la hora en punto; le sonrío y nos vamos, caminando los dos a la par. No digo nada. Caminamos una, dos, cuatro, cinco cuadras sin hablar mucho. Entramos a nuestro café, uno de esos muy modernos que han inundado la ciudad y donde no venden nada que sea propio del país. Una vez me había dicho Aurora que entrar en ese café le hacía sentirse importante porque tenía que pasar entre dos guardias que cuidaban la entrada. Nos sentamos entre unas plantas grandes, lejos de la entrada. –Aurora, tengo que decirte algo– dije, y en ese momento sentí como si me hubieran echado un puño de sal en los ojos. Los cerré por el dolor picante. Aurora me veía y noté que bajaba la mirada. No te preocupes, ya lo sé, me dijo. Yo no entendía nada. No me explicaba cómo se había enterado. Qué es lo que sabes, le pregunté, sabiendo que era una pregunta tonta. –Mi padre vino a despedirse hoy en la madrugada, como a eso de

las cuatro y media. Lo sentí entrar por la ventana, fue primero un viento suave que sacudió las cortinas, después vi cómo su figura grande emergía de la oscuridad y se sentaba en mi cama para contarme lo que había pasado. Todavía tenía las muñecas amoratadas porque se

lo habían llevado amarrado, con las manos atrás. Su voz era sosegada y sin rencor. Yo le tomé la mano por unos dos minutos mientras él me acariciaba el pelo lentamente. Después se fue. Salió sin decir nada, mientras mi cuarto se quedaba frío.

Yo quise detenerlo, llamarlo, pero ya empezaba a clarecer y sólo pude ver cómo su sombra iba subiendo por la pared hasta desaparecer. Ya no me pude dormir. Me levanté a las seis y me vine a trabajar. Nadie ha notado nada; no he dicho nada; nadie sabe nada. Yo la tomé de la mano, nunca la había visto tan valiente, tan fuerte, mientras con la otra le tocaba el pelo, sin todavía saber qué hacer o decir.

ODUB